

A José Miguel Bzola con el afecto  
de

Isabelorena Alarcón



EL POETA  
Y SAN MARCOS

EL POETA Y SAN MARCOS

EL POETA Y SAN MARCOS

ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES

EL POETA  
Y SAN MARCOS

*Viñeta de Xavier Casais*



*Isla de Tenerife*  
MCMXXXII

ANDRÉS DE LORENZO GACERES

# EL POETA Y SAN MARCOS

Vicente de Castro Castro

Imprenta de San Marcos  
Lima, Perú

# Cómo escribí este cuaderno

Este cuaderno, por lo común, se llama "Cómo escribí este cuaderno". Es una especie de manual de instrucciones para los lectores que quieren saber cómo se escribió este cuaderno. En él se describen los procedimientos que se siguieron para escribirlo, desde la elección del tema hasta la redacción final.

*A la ternura de mis padres  
dedico este cuaderno.*

El primer capítulo trata de la elección del tema. Se describe cómo se eligió el tema de "Cómo escribí este cuaderno" y se explica por qué se eligió este tema en particular. Se menciona que se eligió este tema porque es un tema que a todos les interesa y que es un tema que se puede escribir sobre él desde muchos puntos de vista.

El segundo capítulo trata de la investigación. Se describe cómo se investigó el tema y se explican los procedimientos que se siguieron para encontrar la información necesaria. Se menciona que se usaron libros, revistas y periódicos para encontrar la información y que se tomaron notas de lo que se encontró.

El tercer capítulo trata de la redacción. Se describe cómo se redactó el cuaderno y se explican los procedimientos que se siguieron para escribirlo. Se menciona que se escribió el cuaderno en un orden lógico y que se usó un lenguaje claro y sencillo para que todos los lectores puedan entenderlo.

El cuarto capítulo trata de la revisión. Se describe cómo se revisó el cuaderno y se explican los procedimientos que se siguieron para asegurarse de que el cuaderno estaba bien escrito y que no había errores. Se menciona que se leyó el cuaderno varias veces y que se hicieron correcciones cuando se encontraron errores.

El quinto capítulo trata de la impresión. Se describe cómo se imprimió el cuaderno y se explican los procedimientos que se siguieron para asegurarse de que el cuaderno estaba bien impreso y que era atractivo. Se menciona que se usó una imprenta profesional para imprimir el cuaderno y que se eligió un papel de buena calidad.

© la autora de este trabajo  
dedicada a los lectores

## *Cómo escribí este cuaderno*

**E**L cuaderno sobre las rodillas, sentado a la ventana, saludo a mis jóvenes amigas. La ventana cae sobre el parque; frente a ella, un yuca abre dos blancos ramilletes; los jardines limitan su desbordante floración entre sencillos setos verdes; tras las frondas de los árboles, el mar azul reverbera a la luz matinal; y, estas jóvenes amigas mías y bellas playeras, atraviesan la calle, la cesta de pescado a la cabeza y un gracioso “Adiós” en los labios al pasar junto a la ventana en qué voy escribiendo mis crónicas del verano, inspiradas en los ojos hondos y penetrantes de Nemesia; en los pícaros y pequeños de Lucía; en los salvajes y negros de Delia; en los verdes e infantiles de Herme-negilda; y en los extraños ojos de almendra de Pilar, ojos que tienen luces de Asia y parece, según están sumidos en cálido sopor, borrachos de opio.

Como Stendahl, quiero repetir: “He aquí detalles exactos”, y estampar en mi cuaderno que Icod de los Vinos — donde veraneo — tiene en cifras aproximadas diez mil vecinos, dos mil quinientos edificios, está situado en un pintoresco valle que baja desde el Teide al Atlántico, donde tiene un pequeño puerto de mar y una playa, la de San Marcos, a doscientos metros de la población, y que en este hermoso valle se cosechan plátanos, tomates, patatas y vino, y se cría, particularmente, excelente ganado bovino.

Después de haber escrito, suelo tomar el desayuno en una pieza de la casa donde a esa hora, afluyen los medianeros de la casa portando los frutos de las diversas cosechas. Si traigo a la memoria esta relación debo añadir que tales escenas son aquellas cuyo recuerdo siempre permanecerá indeleble en mi memoria y que la hora en que acontecen es la hora del día que doy por mejor empleada y me siento más feliz. Probar la fruta fresca es un placer sencillo y una curiosidad de sabor antiguo, y es también, una de mis diarias satisfacciones. Unos minutos dentro de la despensa, cuando la fruta ha sido colocada en los tableros, la miel en sus vasijas, los quesos en sus tablas, las hortalizas en sus puestos, son unos minutos en que el espíritu se ensancha al respirar

este zumo agrícola, este baho tibio y perfumado de los frutos de la tierra, tan naturales y queridos ante los frutos transformados por la industria. Sólo en la casa existe una pieza comparable a ésta, y es sin duda alguna, el granero; en él se recogen las semillas, se guardan los cajones con las almendras, higos pasados, granos, nueces ... Y se coleccionan todos los artefactos inútiles, los restos de muebles, el farol sustituido, la silla desvencijada, y una vieja litera tapizada de seda verde con adornos dorados, cuya tapicería gastada en la ventanilla, entre el polvo y la telaraña, ofrece el recuerdo de la tibieza de aquella mano que agitara un pañuelo de encaje al saludo de un sombrero de copa.

Ellas han vendido el pescado y yo cierro mi cuaderno para subir a almorzar e ir, luego, a la playa, de donde ya no regresaré hasta la noche, hacia la hora en que llega el periódico que publicará, con letras exactas y uniformes, las páginas escritas durante las mañanas; páginas trazadas con lápiz y una letra desigual y nerviosa, para las que yo quisiera la limpidez de los blancos ramilletes del yuca, la vivacidad y expresión de los ojos de las bellas playeras, la perenne novedad del mar azul y la ordenación de sus imágenes en el estilo, justamente como se contiene el aroma en las flores del parque que le exhalan.

# Graziela

A Edmundo Trujillo

LA isla de Prócida, junto al mar Tirreno, conoció un día lejano los ardores de la juventud de un poeta francés. Alfonso de Lamartine que es quien estuvo a la altura de sus veinte años en Prócida, cerca de Nápoles, escribió la linda novela que lleva en el título, el nombre de la hija del pescador italiano y en la firma, el del amante de Graziela. Alfonso y Graziela bajo el sol napolitano, en el claro refugio de la isla, colgado sobre el mar, cuando el Romanticismo era la norma literaria y el canon de la vida social, quemaron sus corazones con la misma llama. Graziela trabajaba el coral, era bella y tenía una hermosa trenza. Alfonso escribía versos, era inteligente y poseía un libro que leía en voz alta a la familia de su amada que, unánime, premiaba con abundantes lágrimas el patético relato que contaba los amores de Pablo y Virginia. Alfonso y Graziela tuvieron en aquellos momentos de su vida conmovedores encuentros, como aquel de la casa deshabitada de la isla de Prócida, a raíz de la huida de Nápoles de la novia, cuando se la quería casar con un rico pariente que ejercía el comercio. Entonces Graziela se propuso entrar en Religión, se cortó su bella trenza — la misma bella trenza que un día recibiera, en Francia, el amante poeta junto con la noticia de la muerte de su amada — y corrió a refugiarse en la pequeña isla, donde poco después arribaba Alfonso seguro en sus pensamientos, y la rescataba, en aquellas escenas escritas por su mejor pluma, la pluma movida por el recuerdo de aquellas horas de casta unión, de exaltadas palabras y enfebrecidas razones.

Aquí, en San Marcos, viven otras Grazielas; pero fijémosnos en una, acaso la única que consume en el corazón la llama de la amada del poeta francés; fijémosnos en ella y digamos, sin rodeos, que es de mediana estatura, de cabellos negros rizados en hermosos bucles, de tez morena, de ademanes muy desenvueltos y graciosos, de ojos, — ¿ cómo acertar en la pintura de estos ojos? —, si dormidos, despiertos; si vivos, serenos; si fijos, ausentes; si dulces, arrebatados. Y esta belleza, hicieron que uno de los dos poetas — dos poetas como en el caso de la novela: el enamorado y el amigo del

enamorado — la bautizara con el nombre de la heroína napolitana. Pero la historia— aun estando en relación sus personajes — no podrá ser repetida, y Graziela de amante del poeta ha venido a ser su musa; una musa querida y respetada que no ha leído un verso de Alfonso de Lamartine, ni sabe nada de poetas, sino de este amigo con quien platica a la tarde, junto al chorro de agua fresca que va llenando su vasija con la misma alegría que la palabra del enamorado va rebosando su corazón.

Graziela

# Entre dos maletas

*de una tarde de agosto*

LA maleta de Sterne contenía, en Montreuil, un pantalón de seda negra y unas camisas, y sin que yo quiera comparar mi maleta a la suya, puedo justamente decir que mi maleta guarda, asimismo, con holgura, un pantalón y unas camisas. Y la cosa sería de notar si el pantalón fuese negro y no blanco, de seda y no de dril, y las camisas fuesen seis y no dos, la una roja y la otra azul, y ambas confeccionadas con cierre metálico de cremallera. Una playa no es, ciertamente, una corte y San Marcos nada tiene que ver con Versalles. No podríamos aquí escribir las palabras conde o condesa seguidas de una muyúscula y tres asteriscos para decir que la discreción nos veda declarar el título de nuestro amigo o de nuestra amante, después que hemos descubierto el de nuestro criado y el del dueño de la posada donde nos hospedamos, sin duda por que lo que pueda ocurrirnos con estas pobres gentes no es interesante para la sociedad, ni para el público que juzgará benevolamente nuestras expansiones con las doncellas humildes, si al hablar de las que tuvimos con las grandes damas omitimos su nombre y envolvemos así la aventura en un velo misterioso a la medida de las grandes damas.

Puestas así las cosas en su punto, ni aventuras ni grandes damas ocuparán una línea de este cuaderno, y la agradable y sana sociedad de marinos y playeras, reunida en una linda playa del Norte de la isla de Tenerife, será el único asunto de sus páginas. Yo quisiera hacer la pintura de San Marcos, quisiera decir algo de su hermosa bahía, de sus rocas manchadas de rojo, blanco y ceniza, de sus crepúsculos maravillosos, de su caserío con frondas de ombúes y cadencias marinas, con pájaros sobre el agua y pájaros en las ramas de los árboles, con luces y cielos distintos sobre el verde de las olas y el verde de las plataneras...

En este lugar extraordinario, un poeta concibe, entre juegos, sus crónicas. Como además el poeta es periodista y envía sus trabajos a un periódico de la capital, pone en ellos la máxima sencillez. Y ya que hemos hablado de la maleta de Sterne, bueno sería decir que en él es donde el poeta ha leído esta invitación a la primordial virtud: “¿Por qué dar compostura a lo que no la tiene?”



# Nostalgia de una tarde de agosto

A Gutiérrez Albelo

EN alta mar, abandonados los remos, desgobernado el bote, sus tripulantes platican de aventuras. La presencia — corazón rojo, alas azules — de Francisco Drake cubre los sueños de estos jóvenes que, bajo el halago del tal madrina, escuchan la voz de un querido poeta, en labios de otro querido poeta. Nuestro amigo se yergue en su puesto de remero, apoya las manos en el banco, levanta al cielo la cabeza y deja caer su sonora voz gruesa sobre la música del agua que baña los costados del bote :

“... Y ve el capitán pirata,  
cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
y allá a su frente Stambul...”

La alegre musa va presentando a las ardientes imaginaciones las maravillosas imágenes : la blanca Europa, el Asia amarilla, y allá junto al Bósforo, la voluptuosa Stambul. La figura sombría y atormentada del ahijado Espronceda ha sido también presentada a las ardientes imaginaciones que tras degustar las mieles románticas de las poéticas sugerencias, sienten la nostalgia de las fugaces imágenes. ¿ Qué queda de la tensa emoción sostenida por Francisco Drake si no es su memoria armada con un corazón rojo y unas alas azules ? ¿ Qué resta de la también tensa emoción despertada por los altos versos de José Espronceda si no es su recuerdo protegido por un ardiente penacho y una pluma mojada — románticamente — en sangre ? Los jóvenes amigos caen en la más aguda de las nostalgias. Bogan con tristeza mientras contemplan el espectáculo del atardecer : Allá, en el horizonte, una isla de oro se hunde en un precipicio de púrpura.

La alegre musa que, visiblemente, protege a estos amigos erigiéndose en su mejor

Angel Custodio, les lleva hasta el costado de un pequeño vapor. De nuevo los remos vuelven a ser abandonados y el bote dado al inquieto capricho de las aguas. Los jóvenes amigos gozan de un cuadro maravilloso. Su musa les ha preparado esta sorpresa: Sobre cubierta la tripulación bebe confortadores vasos de aguardiente mientras suena la música de una concertina, que acaso, repite una canción aprendida en algún puerto lejano, en uno de esos puertos donde hay mujeres extrañas, y hombres distintos a nuestros amigos y que son infinitamente más interesantes.

Ya ríe nuestra musa al ver a sus ahijados nuevamente alegres. El querido poeta torna a erguirse sobre su banco de remero, levanta al cielo la mirada y vuelve a recitar los altos versos que pasean, mágicamente, a lo largo de nuestras imaginaciones las encendidas imágenes de la blanca Europa, del Asia amarilla y de la voluptuosa Stambul, Junto al Bósforo.

## La caza de las pardelas

**A**TRÁS va quedando, conforme se avanza, la costa salpicada de puntos blancos que se agrupan o se disgregan en la mancha parda de la isla. Tal vez, si requiriéramos el catalejo, veríamos que uno de estos puntos es una casa, una casa de labor — con ringlas de pantanas puestas a curar sobre el tejado, con ramilletes de mazorcas desnudas bajo los porches — en una de cuyas ventanas, una muchacha aspira el aire que llega de América y espera de estas olas inquietas no sosieguen hasta poner, lindamente, en tierra a un hombre que traerá sombrero de paja, ancho cinturón de cuero con gruesa hebilla de oro, y zapatos — entrecortados — de charol y lona blanca.

En el cielo verde pálido se recortan los vuelos de un bando de pardelas a cuya presencia rebosa de júbilo la pequeña embarcación, porque en ella, varias escopetas se disputarán el acierto y la utilidad del tiro. Al cabo de unos minutos, el motor nos coloca cerca del bando y la falúa se encuentra cerrada en un horizonte de centenares de pardelas. Los cazadores disparan seguros y continuos, sin que las repetidas detonaciones alejen a las rápidas aves que acuden en socorro de sus compañeras caídas; bajo este cañoneo incesante las aves se despluman, se alejan heridas, se arrojan fatigosas al agua o se desploman inertes cuando ocurre la última detonación.

Subida a bordo la caza, hecho el recuento de piezas cobradas y el obligado comentario, la falúa regresa seguida de cerca por algunas pardelas que guañan sobre el ensangrentado cargamento. Los cazadores lamentan haber agotado sus cartuchos, y tal vez para consolarse de su falta, unen dos aves heridas que, según lo previsto, se acometen con saña, se pican con denuedo, ante el ardimiento y la sonrisa de los juveniles cazadores.

Es ya tarde: A lo largo de la costa las bombillas eléctricas señalan el límite de los pueblos; tal vez, aquella que brilla sola, sea la que ilumine el hogar de la muchacha que aspira el aire en la dirección de América; en el brumoso cielo se levanta la luna, y



## *Lectura de un poeta de diecinueve años*

UN joven de fines de siglo podía retratarse en Canarias, en casa de Pego, fotógrafo de S. A. R. : su figura aparecería, entonces, recortada sobre una terraza, limitada por plantas de iris y de anchas hojas, sobre un fondo brumoso ocupado por una grande fuente de mármol con conchas abiertas en claros chorros, con jarrones rebosados de flores, y el arranque — tres anchos escalones — de blanca escalinata; podía también, sin salir de Canarias, retratarse en casa de Belza, fotógrafo de la Real Casa, que se anunciaba en Santa Cruz de Tenerife — Sol, 24 — y otro sería el fondo de su retrato que, en este caso, lo constituiría una lejanía de montañas, un río próximo atrevesado por un puente, y una vegetación de palmeras delgadísimas, de árboles de ramas péndulas y de flores fluviales sobresaliendo de las tranquilas aguas; si el joven visitaba la Corte, podría entrar en el establecimiento de J. Laurent, fotógrafo de S. M. la Reina — 39, Carrera de San Jerónimo — y su familia gozaría de su figura entre una vegetación tropical: altos y delgados plátanos, árboles de airoso y afiligranado porte, colgantes enredaderas, flores voluptuosas; podía el joven llegar — ¡oh Fortuna! — hasta París y de seguro que acudiría a Le Jeune, “photographe breveté de S. A. le Prince Imperial”, que estilizaría su rostro con delicadezas de acuarela; en todos casos, estos fotógrafos de S. A. R., de la Real Casa, de S. M. la Reina o de S. A. le Prince Imperial, sorprenderían a nuestro joven de pie, con el sombrero de copa en una silla o en la mano, con la levita abierta o abrochada en el primer ojal, con una corbata de lazo de largas puntas o de plastrón, y luciendo — o no luciendo — una sortija en el anular de la izquierda, un dije colgante del chaleco de redonda solapa, un monóculo pendiente de una cinta sobre el pecho; pero siempre este joven tendría una expresión triste, un rostro de jugar al dolor, y se adivinará que escucha — o finge escuchar — la melodía que una damisela toca al piano o la canción de una muchacha aficionada a Puccini. Lector,

este joven podría llamarse — hemos supuesto ya tanto — Augusto Mádan, ser natural de Cuba y hallarse en Tenerife, a los diecinueve años, en el trance de publicar su primer libro de versos.

En efecto el libro se edita en la imprenta de J. Benítez y C.<sup>a</sup>; en la portada, impresa con dorados caracteres se hace constar que lo publica don Aurelio Padilla, un joven amigo del autor; el mismo don Aurelio — que ha escrito un prólogo — ha regalado un ejemplar de la obra, primorosamente encuadenado, a una joven amiga suya, y este ejemplar es el que ahora leo, bajo la sombra de un ombú, frente al Atlántico, lugar de lectura cuya elección no ha sido gratuita, ya que las poesías que contiene — sesenta y una — se encuentran firmadas en veinte y cuatro puntos: Matanzas, Burdeos, Plymouth, Valladolid, París, Tudela, Sevilla, Cádiz, Madrid, Andújar, Antequera, Habana, Santa Cruz de Tenerife, Viena, Zamora, San Thomas, Jerez de la Frontera, Córdoba, San Juan de Puerto Rico, San Sebastián, Villa de Icod, Huesca, Albacete y Zaragoza; y uno de estos lugares como se ha visto, es la Villa de Icod, desde donde se contempla el mar que ha inspirado varias de las composiciones del libro y que mueve las tranquilas aguas de San Marcos.

Yo quiero suponer que Augusto Mádan, el inquieto hijo del Marqués de Montelo, estando en Icod, visitaría San Marcos, y yo pienso en el contraste de sus diecinueve años, de su nerviosismo, de su inquietud, de su — hagamos en esto hincapié volubilidad que le ha movido a escribir desde los catorce años un número de poesías superior a las quinientas, en una variedad de ciento treinta metros, y este libro firmado en veinte y cuatro países y compuesto en treinta y seis metros, con la constancia, la impasibilidad y la rutina de estos pescadores de San Marcos que no han visto otra tierra que, en los claros días, la lejana silueta de una isla, y que envejecen sin una protesta en la misma, monótona y agotadora soledad.

## *Alcalá, en la Costa Sur*

A las horas de sol, los habitantes de las estrechas casas, insuficientes para contener a la población prolifera, salen a la sombra de los ombúes, a la sombra que proyectan los escasos edificios, a la sombra de un puente ocupado por una cocina, a la sombra de las barcas varadas en la arena gris, a la sombra de un toldo de lona que cobija una mesa en la que, mientras el vino se escancia en las brilladoras copas, la mala de bastos gana una baza sobre el apuesto caballo y la carta cifrada con el haz — verde, rojo y amarillo — que reúne los tres palos entrelazados, sujetos por una volandera cinta azul.

La sombra es buscada, afanosamente, entre tanta sequedad, y los hombres gozan de ella entregando sus cabezas a las solícitas mujeres, jugando a la baraja, o simplemente, durmiendo. Las fatigosas veladas sobre el remo, autorizan a estos pescadores a mostrarse, habitualmente, indolentes junto a los frívolos bañistas de trajes multicolores que, de alegres apariencias, llenan la playa de voces y ruidos un poco tristes de cansados.

Por una vez, la decoración ha sido variada: la mala de bastos descansa en la gabetilla, los hombres, y aun las mujeres, trabajan; el vino se sienta en las barricas... Por una vez San Marcos se presenta agitado, con el trabajo, en silencio, de sus habitantes. Es la hora del crepúsculo y la tranquilidad del atardecer es interrumpida por estos hombres que se mueven de un sitio para otro, y en silencio, siempre en silencio, carenan sus botes, repasan las calas, remiendan las velas, hacen lentos torcidos, cuidan de los necesarios aparejos — mirafondos, nasas, poteras, rozones, cupuchinas — y de las piezas de las embarcaciones — bancos, pañas, timones, toletes, remos —. Las causas desconsoladoras de este callado trabajar, son las recientes jornadas inútiles, la labor no remunerada en peces, pérdida en horas inacabables. Surge, como en casos análogos, el hechizo de Alcalá. La excursión que a sus aguas se prepara, esperan los organizadores, remediará la comprometida economía familiar, y esta esperanza lejana no alegra, sin embargo, la presente tristeza de los excursionistas.

Sobre los varales resbalan las quillas que, pronto, cortan el agua en dos blancas mitades, y, uno tras otro, los botes ganan la bahía que espejea azul al cielo azul, a la mañana azul. Los claros nombres — “Belga“, “Juanita“, “Chichiry“, “San Gregorio“, “María Luisa“ — se van esfumando con la distancia. Los rostros de los sufridos pescadores — Juan, Mateo, Angel, Celestino, Manuel — se borran en la lejanía, ante la expectación de las mujeres que no aciertan a distinguirlos cuando ellos, los hombres, van perdiendo la presencia de estos otros rostros perplejos que se desvanecen en la playa y que son los rostros, cargados de expresión, de Cirila, Nemesia, Carmen, Lucía, Balbina...

# Sueño bajo una luna de verano

A Francisco Aguilar

QUÉ blanca, qué fría, qué gozosa navidad la de la nieve, sujeta, como una inocente casulla de Pascua, sobre las montañas degolladas en soledad ! ¡ Qué amasijo de lunas maduras, caídas de la noche, discípulas, en el blanco caer, de las flores de azahar abandonadas en el tobogán del viento. Nuestro Pico de Teide, está florido como un almendro enraizado entre las finas agujas, tristes como campanarios descarnados, de los pinos. Te columbro entre los pliegues de azúcar, entre la barba de mil hilos de agua, despeinada y prendida en la verde cordillera que corta la cumbre blanca. Aquí, tus albas manojos, carne de jazmines, desangradas, acariciando la superficie imprecisa de la nieve. Aquí tu cuello fino, con claridades de salina, rodeado por tu cabellera rubia, un sol de invierno apoyado en un cano río helado. Aquí, tu cuerpo, estremecido, como una planta de acacias por la brisa. ¡ Qué blanca, qué fría, qué gozosa navidad la de tu cuerpo, con presencias y ausencias simultáneas, en alta y bajamar en las mareas del espíritu ! Cuando el Pico florece, en el mar maravillado abre un nenúfar prodigioso, el « *Nymphae alba* » de los inmóviles estanques desolados, y todos los marineros están de fiesta. Es por eso, que va en romería, con arcos de retamas blancas a deshojarlas a los pies de su Virgen, mientras los pinos tristes de la falda se descarnan por el frío, pero, ¡ cuidado, amiga mía !, que en ellos anidan los pájaros salvajes de la cumbre, y uno sólo de sus cánticos encendidos te arrebatara de la montaña. ¡ Oh, qué blanca, qué fría, y qué gozosa navidad la de la nieve !

Y tú, espíritu, ¿ dónde ? Estremecido sobre la nieve, como una planta de acacias por la brisa, tu cuerpo blanco; y tú, espíritu, ¿ dónde ? ¿ Dónde sino en sutil vibración sobre la cima nevada, alba cúpula sobre la muralla gris de unas montañas secas, en cadenas de cumbres y abismos ? ¿ Dónde, si no ? Copia tu cuerpo las apariencias formales de la nieve, y dibuja, su esencia misma, tu espíritu; tu espíritu puro, inocente, claro, sereno, inmaculado, como es pura, inocente, clara, serena, inmaculada, la nieve. Cuando el amanecer descubre nevadas las cimas, la pájara pinta abandona su verde limón para ir

de flor en flor cantándoles al oído : « ¡ Alta brilla la nieve !, ¡ alta brilla la nieve ! » Y entonces, las flores vuelven sus ojos con ojeras blancas, con ojeras azules, con ojeras rosas, con ojeras amarillas, con ojeras del color de sus corolas, hacia el sol velado, de tan larga y rubia cabellera, mientras la sola esperanza del deshielo refresca sus raíces. Feliz virtud la de la nieve en el deshielo. Gracioso repique el suyo, de guijarro en guijarro, de brizna en brizna, como un ama de llaves diminuta y buena. Bella telaraña de agua la suya, en la que el sol va a ser una gota de luz viva, la araña áurea. Este encaje líquido hará posible la floración y reverdecimiento de los caminos eriales, de esos pobres caminos que ponen marcos de soledad a la verdura del paisaje, a la alegría de los terrenos de regadío. Púdica caridad la de la nieve en el deshielo, que va refrescando sequedades, cantando y como en juego, quebrándose en mil y mil claridades y bellezas. ¡ Qué cerca tu espíritu del espíritu de la nieve ! ¡ Qué blanco y claro en la superficie, como generoso y puro en lo hondo !

# Luces de otoño

**E**L otoño arribó a su primer crepúsculo; traía porte y bártulos de pintor; aclaró, primeramente, los tonos: el violeta quedaba en ceniza, los blancos fueron exaltados, los rojos suprimidos; extendió luego, alargándolas, las manchas, borrosas de indolencia y abandono; y una vez conseguida la decadencia del dibujo, la laxitud de las formas y la dulcificación de los colores, perfiló con oro toda la obra, diremos mejor, rebozó de oro todo el crepúsculo, y a modo de gracia, este otoño de patria oriental, de profesión decorador de porcelanas, de edad de veinte años, iluminó la silueta de una isla lejana acusando la supuesta presencia de la nieve en sus cumbres; había terminado su trabajo a las seis y treinta y cinco del día ventiuono de setiembre.

La aventura no pasó desapercibida; unos amigos recorrían, costeano, la bahía y fueron testigos del cambio de estación; a esa hora la hélice de nuestra canoa abría un grifo de plata en la calma azul del agua, entre luces y contraluces cegadoras, entre el oro del crepúsculo y el oro de los rastros de las próximas tierras, entre el blanco de algunas nubes y el blanco del caserío asentado en el valle, bajo la alegría del campanario de San Marcos, entre el ceniza del celaje y el ceniza de la bruma enmarañada entre los pinos, al pié de la ingente montaña de acantilados duros, encendidos y de color malva.

Altas grutas, rocas manchadas de rojo, ceniza o blanco, desolados malpaíses, desiertos cabos, montañas desnudas, pedregosas laderas, cubren el valle de verdes platanales ofreciéndolo en girones a los ojos del navegante que desearía, en la yerma soledad marina, la constante presencia de la frescura, jugosidad y verdor de la tierra continuamente regada.

Y a la caída del crepúsculo, estimulado por la sucesión de las húmedas manchas de verdura, uno de los amigos relata la sencilla historia de un viajero, que navegaba las aguas que bañan el Norte de la Isla. La historia es sencilla y muy breve:

— Los viajeros venían fatigados por la larga travesía a la vela. Un caballero que viste oscura levita, chaleco claro, ancha corbata sujeta con gruesa esmeralda, apoyado en la

borda, se da aire en el rostro — ensombrecido por un fino bigote y una barba rubia — con el alto sombrero de copa; de pronto, con incontenta alegría reconoce a su isla, la isla de Tenerife, porque se le aparece, en su costa Norte, como una bella fuente; una grande fuente rústica poblada de helechos rizados, de ñameras de grandes hojas, de menudos culantrillos; una fuente colosal que vierte en el océano innumerables chorros que se despeñan en alegre música, en brillante espectáculo de luces y frescura.

# Un pozo de agua dulce

A José Peraza de Ayala

A marea baja es perceptible el fenómeno. Ahondando en la arena se descubre, en un no muy profundo hoyo, un pozo de agua dulce. El agua de este pozo, recogida en la palma de la mano, es gozada por el paladar, además de dulce, muy fresca podemos decir que fría; y estas cualidades — la dulzura y el frescor — con ser tan preciosas, son enriquecidas por una limpidez extraordinaria y una púdica belleza. No sabemos a través de qué capas geológicas llega a la playa esta agua que, en la linde misma de la mar, se conserva potable, pura al borde del pecado, y que en exacta imagen de castidad presa en las redes salobres, se cierra medrosa a la impureza y permanece impoluta e inabordable.

Al cabo de una vida oscura e ignorada, este agua muere escondida en el océano: ella que podría ser la alegría del surtidor, la riante cascada de una ladera, el tranquilo charco rodeado de verdura, el brillante chorro de una fuente, la suave música de una acequia, la esperada golosina del jardín, el parlador murmullo de un manantial, no es sin embargo, sino la púdica belleza que hace de su casa, monasterio, y no se atreve a salir a la luz, porque la luz acecha a estas aguas virginales para saltarles, de súbito, al corazón, y llenárselo de flores, de pájaros, de umbrias, de luces.



## La elocuencia inglesa

**N**O creo que se viaje en ninguna parte como en la isla de Tenerife. El coche ha ido recogiendo pasaje a lo largo del camino sin tener para nada en cuenta su capacidad. Estrujado entre dos mujeres de campo — con un grande ramo de flores, la una; con una cesta de huevos, la otra — un viajero inglés, con un manojito de adelfas en la mano, va explicando a su compañera, que viaja en el asiento de enfrente, sus interesantes impresiones: « Oh... Ah... Oh... Ah... » Su bella compañera no es más explícita: « Yes... — Sonríe — ... Yes... »

En tanto, hemos dejado atrás el pueblo, el Pico descubierto, la costa del Norte, y, a lo largo de la carretera ensombrecida por frondosos encalíptus, seguimos contemplando un nuevo panorama de claras marinas, barrancos pedregosos, verdes plataneras, e hilos de agua entre musgos, discurriendo por las quebradas laderas. Un cazador que viaja con sus perros, en el coche, hace violentos esfuerzos para contenerlos; uno de ellos, ha ido a colocarse junto a la dama inglesa que, al tiempo que acaricia su lomo, pregunta con difícil prosodia: « ¿ Cómo se llama ? » El cazador contesta amablemente: « Purreta ». La inglesa sonríe y añade: « I thank you... Oh, Pugueta ». Y atrae el perro a su falda.

Pero el perro, con un absoluto desconocimiento de la cortesía, husmea la pierna de la dama y, aprovechando una corta parada del coche, descarga sobre ella el peso de su desahogo, mojándola abundantemente. Oh, señores, qué espantosa confusión. La campesina que porta el exagerado ramo se aprieta el estómago con ambas manos a punto de asfixiarse en la estrepitosa risa, y en su descuido, castiga repetidas veces con las más salientes flores el encendido rostro del inglés. A quienes llevamos la corbata regularmente hecha nos está obligado, en estos casos, velar por la pureza de nuestras costumbres, y aunque de buena gana reiríamos con la feliz campesina, es preciso, por el contrario, que miremos ceñudos, mientras nos interesamos por la media de la dama.

Un repique del timbre hace parar el coche, no penséis que ningún pasajero ha llega-

do a su destino, ni siquiera que el azorado cazador vaya a apearse. Se trata de que alguien desea detenerse en una venta abierta al camino, y aprovechando la coyuntura, son varias — y yo entre ellas — las personas que descienden para probar el vino del establecimiento. Con este descanso se oreará la media de la bella inglesa y quedará la anécdota envuelta en un paréntesis.

Los repetidos golpes del timbre, y aun la bocina y el claxon, no son tan desagradables que me impidan, a trueque de oírlos, detenerme al salir de la venta para mirar hacia el mar, y entonces diviso hasta cinco botes, imposibles de reconocer, y detenidos en las aguas de « Juan Moreno ». Son sin duda mis amigos que calamarean donde tantas veces fuí su compañero. Como si pudieran corresponderme, les saludo. Casi iba a arrepentirme de haber desplegado un saludo inútil cuando descubro que, en mi dirección, el caballero inglés oprime el disparador de su máquina fotográfica.

## Arte y naturaleza

LA Caleta de Icod, es el título de una pintura que cuelga en una de las paredes de mi habitación. Yo me he fijado, detenidamente, en esta pintura que copia el panorama dilecto de San Marcos. Creo que el cuadro lo realizó mi abuelo, don Andrés; la pintura no es excelente, pero es fiel; se reconoce con facilidad en ella el asunto escogido: La hahía con su ola encrespada en el borde, allí posada con la dulzura y el efecto de la rima en el verso; la playa de arena, limpia y gris; las pocas casas, alguna de aparente holgura; las huertas de la costa, ahora regadas y con plátanos, antes secas y en barbecho; la humilde floración de una tabaiba... Ya en segundo término, las sinuosidades de la costa, los cabos y golfos, las lejanas montañas, los remotos valles, el Roque emergiendo de las aguas... Sin embargo, de lo vivo a lo pintado — con ser lo pintado lo vivo — media cierta distancia. ¿Cómo explicarnos esta sutil diferencia, apreciable aun en las viejas fotografías? Aquellos pintores no pintaban, evidentemente, como los modernos pintores; aquellos fotógrafos no trabajaban, con seguridad, como los fotógrafos actuales. Aquellos pintores y fotógrafos imprimieron un sello inconfundible a sus trabajos. Si hoy un artista realizase un asunto de ayer, sus figuras y su paisaje, serían — aun que otra cosa se propusiese — de hoy: en una palabra, para que el cuadro viviese con su época sería menester que el artista pudiese usarlo, bajo el signo de la moda, la levita y el sombrero de copa de aquel año y que sus ojos no hubieran contemplado las escenas recién-tísimas del mundo, ni que su espíritu hubiese conocido la agonía del minuto actual. Yo he tenido en las manos un album de viejas fotografías y lo he examinado cuidadosamente para deducir que si hoy nos vistiéramos con aquellos trajes y acudiésemos luego a casa de un fotógrafo que utilizase los viejos procedimientos — el conocido telón, la rudimentaria máquina — siempre sería fácil comprobar en las expresiones de los rostros, en la manera de colocar la mano, en el modo de sostener la mirada, que aquellos figuras son falsas. He dicho todo esto para declarar con qué melancolía — la nostalgia de las cosas que pasan — he observado la pintura de mi abuelo, y con qué agri dulce tristeza, además, he

pensado en que un posible y futuro nieto mío lea este capítulo que escribo sobre el viejo cuadro y sienta la punzada de lo pasajero, esta misma aguda punzada que yo le trasmito.

Pero aun hay más; existe la diferencia del estilo y la situación. Max Jacob los ha definido: el estilo representa la voluntad, la situación, la emoción y la independencia de la obra con respecto al sujeto; ambas cosas son necesarias a la producción artística, y el estilo — voluntad de expresión — y no la capacidad — facultad de producir — como distinguió Worringer, es quien identifica al artista que, si como en el caso presente, se enfrenta con la Naturaleza, la sojuzga, someténdola a su canon, prestigiándola con su arte. Me gusta observar que el cuadro de mi abuelo reúne el abandono, las brumas y la deformación del Romanticismo, y me satisface observarlo ya que me permite suponer que él pudo obtener una pintura realista y prefirió imponerle su voluntad, signándola con su estilo, el estilo del siglo. Esta es la misión del artista y aquélla la suerte de la Naturaleza ante el Arte, en cuanto que — lo había observado Honorato de Balzac y lo defendió luego Oscar Wilde — la Naturaleza no solamente es inferior al arte sino que le copia, y así el cielo, el mar y la costa pintados por mi abuelo no son ciertamente los naturales, pero yo he visto en San Marcos aquellos cielo, mar y costa, porque antes había contemplado la obra del artista que imponía — como tal artista — sus modelos a estos naturales cielo, mar y costa.

Quiero terminar con una alusión al cuadro tantas veces citado. Allí se representa un pintor que copia el mismo paisaje en que él ha sido incluido al tiempo de copiarlo, por otro pintor — mi abuelo. Junto al pintor, un muchacho sigue la marcha de los pinceles sobre el lienzo, pero el simpático muchacho no verá en el cuadro — aunque el pintor lo ha copiado — el mismo paisaje que él contempla en la Naturaleza. Con los ojos de la cara el propio pintor vé otro panorama que con sus ojos de pintor. Lo que al curioso muchacho le ocurrirá a quienes hayan leído mi cuaderno para ver en él la vida y la decoración de San Marcos, y antes de que desengañados exclamen: « Literatura », yo les rogaría que dijesen « Sensibilidad » y meditasen que la sensibilidad es una mujer, todavía muchacha, que tiene los ojos iluminados de ternura, las manos repletas de finezas y el corazón cuajado de fantasía.



Poemas

# La casa sobre poemas

A María Luisa Villalba

1

El sol de la mañana se deshoja en un blanco bando de palomas.

2

El tiempo inseguro se resuelve, al fin, en una lluvia inconstante. Llueve a ratos, y a ratos luce el sol blanco, recién lavado. A veces suceden ambas cosas a la vez, y es de admirar a las flores enojadas de rocío, diminutos cielos de estrellas diminutas — los cielos rosas, azules, blancos, amarillos; las estrellas hondas, lucientes, diamantinas — agitar su perfume, temblorosas, en la fina telaraña de agua y luz.

3

La tumba del jardinero municipal se cubre de flores. Es una bella historia: El jardinero se había llenado de semillas, al presentir su muerte, los bolsillos de su ropa de paño.

4

El manatial es un seguro ladrón de luces. La bella muchacha se asomó a él y de sus ojos saltó a la corriente una chispa azul que las aguas se llevaron cantando. Fué una impresión momentánea de cuya ceguera pronto curó. Las aguas viven de la luz y su reclamo es la aguda, diamantina vocecita de la luz. Las aguas tienen aprendido este reclamo y como la Luna es casi sorda refuerzan por la noche su llamada. Y la Luna cae halagada e ingénua en el dorado manatial.

5

El surtidor quiebra, durante la noche, trocitos de estrellas y los repica, monedas de oro, sobre el dormido mármol de la fuente.

6

Una grande estrella luce blanca en el cielo azul. Se dilata una nube malva y la cubre. Se recoge, luego, la nube, y la estrella torna a fulgir. Pero no ha de ser por mucho tiempo; la terrible nube tapa de nuevo a la infantil estrella; mas ya la estrella consigue asomar tras la pesada nube que, una vez más, obscurece la blanca estrella, que se desembaraza de la insistente nube, que pronto la vuelve a coger, que al punto la torna a soltar, y tras soltarla, la recoge de nuevo para dejarla, por último, blanca, helada e infantil, en el cielo azul.

7

La fina brisa rizada en el penetrante perfume de la resina.

8

Nada hay más hermoso que el plantío de coles en el que el verde limpio, intenso, de las hojas engasta el rocío que fulge, alegre, a la débil claridad del alba.

9

## Poemas burlados

Todo adquiere tan sutil transparencia, brillo tan peculiar y tan especial luz, que el paisaje anima primores de miniatura y es tan delgado, frágil y ligero que el toque de campana amenaza quebrarle como si su badajo repicase dentro de una porcelana.

10

El sol baja ajugar en el chorro de la fuente.

11

La luz pulsa el agua, la brisa pulsa la arboleda, las estrellas son pulsadas por no sé qué alta mano y mi corazón por la callada noche. Mi corazón es la noche y tú dulce almendra.

12

Alguien mira al cielo, obserba que la luna guarda con las estrellas la misma proporción que la naranja con las flores de azahar y degusta el sabor de la acuosa fruta que le aviva el apetito con el lejano, perfumado y dulce zumo.

Un pájaro llega sobre el romero y canta. Nunca pájaro alguno ha cantado, tan bien, sobre el romero. En las notas altas sus gorgeos se clarifican haciendo gujir al paisaje como si todo él — el caserío y la pradera, el monte y la marina — fuesen de cristal y sus trinos un agudo sol de rayos de diamante.

El horizonte encendido y multicolor donde el crepúsculo, con manos de mujer, ha colocado un ramo de frescas flores en un fino vaso de cristal.

# Poemas burlados

A Agustín Espinosa

## La muerte del poeta

AL ocurrir el naufragio, sus ropas, su equipaje, su cuerpo, fueron encontrados. Únicamente no pudo descubrirse el nombre de la amada, pronunciado al morir. Fué lo único que se llevó consigo el alma del poeta al abandonar su cuerpo a la voracidad de los peces.

## La frase cierta

Un viejo asiste diariamente al crepúsculo. Cuando se le preguntó: « Qué ha Ud. », respondió indignado: « ¿ Está Vd. sordo ? » « ¿ Ciego.. ? » corrigió el interlocutor. « No, sordo — insistió el viejo. Yo lo estoy y escucho el crepúsculo ».

## Los lugares históricos

- En esta cueva apareció la imagen de San Marcos.
- Muy interesante — respondió el turista. Almorzaremos aquí.
- Pero pronto se vió que no llevaban almuerzo.

## *El artista loco*

El marino hizo una detenida explicación de los vientos, de las mareas, de las corrientes. Después dogmatizó: « El bote no es propiamente una casa ». Pero su casa acababa de desmoronarse y fué preciso que rectificara: « Pongamos la casa a flote ». La frase era tan vieja que el bote se hundió, obligando al infortunado marino a corregir: « El peligro es la seguridad ». Pero pronto se vió la seguridad del peligro al explotar la taberna por incendiarse el aguardiente. El marino se volvió al cielo y exclamó: « Que venga Dios y lo vea ». « Oh, respondió una beata, Dios está contemplando la llegada de Monseñor el Nuncio de Su Santidad al Congreso Eucarístico de Dublín ». « Si esto es así, se dolió el marino, yo estoy loco ». Desgraciadamente las cosas no eran así, pero él estaba loco.

## *Un asunto intrigante*

La botella flotante contenía un billete enternecedor: « Alicia: Estamos a la deriva y vamos a morir. Nuestro bote hace agua y nos encontramos extenuados y sin provisiones. Yo me he puesto a hablar en alta voz, con los ojos cerrados, y la mujer con quien hablo se llama Alicia. Sí, Alicia, de 17 años, cabellos rubios, ojos negros, dientes muy blancos. ¿ Sonríes? ¿ Verdad que sonríes? ... Estoy lejos y no verás mi muerte. — Juan ». El pescador que había encontrado la botella, olfateando el gollete, sentenció: « Esta botella era de rón ». Y el cabo de Marina que instruía las primeras diligencias exclamó molesto: « Pero no me negará Vd. que el envase es de coñac ». La botella era de ginebra y el billete lo había escrito, en la costa vecina, un borracho.

## *La pesca del anticuario*

El anticuario que ha sacado en su anzuelo una vieja bota de montar se muestra avergonzado, cuando podría sentirse orgulloso de la prenda que, si no es una bota de Napoleón está deshecha e inservible como lo estaría una bota de Napoleón.

## *El vals de las sardinas*

El músico sobre un escollo acompañando el vals de las sardinas en el agua. He aquí un tema bonito si las sardinas pudiesen escuchar, en el fondo, la música y su baile no fuera otra cosa que un efecto de refracción en el agua.

## *La Providencia en la poesía*

A mitad de la copla, saltó una cuerda; fué preciso recomenzar. Al llegar al pasaje interrumpido el músico olvidó, de súbito, la partitura e hizo, como recurso, saltar otra cuerda. Cuando de nuevo al repetir la copla el músico salvó su anterior escollo fué el cantador quien, esperando el fallo, se detuvo en el canto. Entonces se pudo comprobar que la copla estaba acabada en sus tres primeros versos y que el cuarto era un desgraciado pastel para la rima. Se dieron gracias, por todo, a la Providencia.

## *La voz con zancos*

El puerto acababa de ser inaugurado. El poeta de turno declamaba su oda al progreso, la navegación, la industria, el comercio, dentro del pavoroso cuadro del mar poblado de sirenas hipócritas, terribles tritones, mónstruos espantosos, agitado de horribles temporales, tormentas pavorosas, peces malignos. Llamó al mar avaro de tesoros, cárcel de náufragos, espejo de la luna, sábana de plata, palacio de cristal, grillo de la isla, jardín de auroras, potro indomable y otras lindezas más. Cuando dió término sus 300 versos, metió la composición en un envase y lo arrojó al océano, con tal violencia que hubo de caer tras él. Como no sabía nadar, se arrojó al agua en su salvamento el Alcalde. Tras el Alcalde, un concejal de la oposición; tras el concejal, el Inspector de Policía. Al cuarto de hora, impelidas por las circunstancias, las autoridades todas estaban de remojo, con sus hábitos y uniformes. Pronto los subordinados fueron en auxilio de sus superiores y multitud de personas se encontraron en el océano que de veras comenzaba mostrarse todo lo pavoroso que le llamara el poeta. El público, en un alarde patriótico, se arrojaba por grupos al agua. El poeta, blandiendo el envase, gritó: « Le está entrando agua; no va a poder flotar ». Lo importante era que flotase el envase.

se con la composición, conforme con el programa aprobado de antemano por la autoridad. El poeta lo mantenía, consecuentemente, en alto, ante la admiración de los ilustres náufragos. El poeta dormía con luz y todos los huéspedes de la casa habían acudido a su habitación, donde el poeta oprimía la perilla del timbre que agitaba como una antorcha en su sueño incongruente.

## *Adán y Eva*

« Te ofrezco esta manzana », insistió Eva. « Gracias — replicó Adán — me siento bien en el Paraiso ». « ¿ Cómo? — exclamó un ángel armado de una espada de fuego — ¿ es que no va Vd. a permitir la Historia? ¿ es que se cree Vd. que le pusieron aquí para la eternidad? ¿ Y los patriarcas? ¿ Y el Diluvio? ¿ Y el Egipto? ¿ Y los judíos? ¿ Y la dominación romana? ¿ Y Grecia? ¿ Y la Edad Media? ¿ Y...? Ah, le arrojarán a Vd. del Paraiso : es Vd. una valla para el Progreso ».

## *Un marchante sin honra*

— Vea Vd. esta marina. Qué cielo, qué mar, qué naturalidad, qué dibujo. El comprador no tenía buena vista, pero tenía dinero y su capacidad pericial consistía en el asunto, no en la realización. El marchante no cesaba en su elogio: « Lo cargaremos a su cuenta y se lo remitiremos a su sobrino, en Niza ». El comprador pagó, efectivamente, el cuadro. Iba a marcharse cuando descubrió un navío en la marina. « Oh, que navío », exclamó el marchante. El pobre comprador se pasaba el pañuelo por la frente sudorosa : le parecía ver bogar al navío. Se restregó bien los ojos y balbuciente corrió hacia el cuadro; sus manos temblorosas se dirigen hacia la extraña nave con ánimo de asirla, pero sus manos caen dolorosamente en el vacío : sus manos habían atravesado una ventana.

## *El rizo*

« Mi rizo »—exclamó la playera corriendo a los brazos del marino.—« Mi rizo ».—El marino sacó una bolsita de cuero que llevaba colgando del pecho y extrajo un rabo de cerdo. La playera se echó a llorar. « Oh, un rabo de cerdo ». Embarazosa situación. Un amigo se presenta con un rizo que acababa de cortar al cerdo como rabo.

Tan rara coincidencia se reputó natural con una lectura de « Las afinidades electivas ».

## *Folletín*

El marinero hablaba del temporal, del terrible viento, del furioso mar. Luego se extendió su charla a los terribles efectos; el número de muertos, los heridos salvados, las velas arrebatadas, los palos destrozados, el agua en las bodegas. ¡ Qué espantosa confusión a bordo ! « Socorro ». « Muero ». « Soy herido ». A todo esto revientan las cubiertas. Se hunden los botes de salvamento. « Ay, madre ». « Se ahoga ». « Hijo mío ». El marinero se pasó el pañuelo por la frente. El corro se había quedado mudo. Con cristiana resignación, el marinero terminó, en voz baja. « Gracias a Dios que no nos sorprendió el temporal ».

## *Tradiciones piadosas*

- Llamado por las insistentes súplicas, el Santo acudió al lugar del naufragio.
- Qué suerte para los náufragos.
- No; les fué imposible entenderse : habían perdido ya el conocimiento.

## *El pintor realista*

El pintor copiaba la puesta de sol; de pronto, una mosca se posó en el cuadro. El pintor miró al horizonte: no había allí ninguna mosca; era preciso quitar, pues, la que se había posado en la pintura. Satisfecho, miró al crepúsculo: había desaparecido el disco solar. El pintor se apresuró a hacerlo desaparecer, también, de su paisaje. Una luz malva borraba los brillantes colores del cuarto de hora anterior; el artista, entonces, entonó en la misma coloración malva las encendidas tintas de su obra. Ah ¿Cómo sufrir tanta desgracia? La luna, una estrella, innumerables reflejos en el agua, anunciaban el nuevo asunto: La noche. El pintor comenzó, fatigado a pintar la noche, pero como era efectivamente de noche, tuvo que abandonar la pintura.

## Indice

Cómo escribí este cuaderno . . . . .	
Graziela . . . . .	
Entre dos maletas . . . . .	
Nostalgia de una tarde de agosto . . . . .	
La caza de las pardelas . . . . .	
Lectura de un poeta de diecinueve años . . . . .	
Alcalá, en la Costa Sur . . . . .	
Sueño bajo una luna de verano . . . . .	
Luces de otoño . . . . .	
Un pozo de agua dulce . . . . .	
La elocuencia inglesa . . . . .	
Arte y naturaleza . . . . .	
POEMAS :	
La casa sobre poemas . . . . .	
Poemas burlados . . . . .	

Pa  
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010